

Aspectos humanos de mi padre, Jerónimo González (Consideraciones apasionadas)

Charla pronunciada el día 12 de febrero de 1975 en el salón de actos del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Jerónimo González», de Sama de Langreo, con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento de Don Jerónimo González.

Sras., Sres., familiares y amigos todos:

Muy buenas tardes y muchas gracias por vuestra asistencia.

Perdonadme que empiece con estas sencillas palabras, pero las mismas responden a que esta disertación no va a ser propiamente una conferencia, como en los programas se indica, sino una charla en la que, a través de una media hora, intentaré llevar a vuestro corazón, más que a vuestra inteligencia, el conocimiento de la manera de ser de mi padre, su estilo de comportarse en la vida, o por lo menos cómo yo personalmente, y desde luego en forma que no va a ser imparcial sino apasionada, veo el perfil humano de ese gran hombre y para mí entrañable y querida persona que fue Don Jerónimo **Gonzalez** Martínez, hombre de pro, asturiano, langreano ilustre, nacido hace hoy cien años en este concejo de Langreo, en la villa de Sama.

Un de Sam, como él decía muchas veces, en el que por su potente y atrayente personalidad se dio el fenómeno, poco frecuente, de ser conocido por sus amigos, compañeros, alumnos y por todos los estudiosos del Derecho, los que le trataron y los que no, simplemente como Don Jerónimo a secas, por su nombre de pila, sin más aditivos.

He dicho antes que mi charla va a ser apasionada. Realmente me expresé mal, lo que van a ser apasionadas son mis consideraciones, no mis palabras, sino mi visión de la persona.

Los hijos amamos a nuestros padres y tenemos la obligación de darlo a conocer, pero los hijos amamos a nuestros padres sobre todo cuando hemos sido a nuestra vez padres y comprendemos mejor la naturaleza del amor que nuestros padres nos tuvieron, y empleo el pasado porque Don Jerónimo murió hace veintinueve años.

Al considerar estos últimos días el perfil humano de mi padre, agradecí tener que hablar ahora cuando el paso del tiempo ha purificado mi afecto filial librándole de egoísmos. Mientras somos jóvenes y los padres viven, el afecto filial es egoísta. Es ley de vida que los hijos usen, se aprovechen de sus padres, pero el paso del tiempo purifica el afecto de egoísmo y lo transforma en verdadero amor, que yo deseo quede reflejado en mis palabras. Por esto subtítulo esta charla como «consideraciones apasionadas».

A los hombres se les mide por sus virtudes. ¿Cuál fue la primordial, la básica en Don Jerónimo? ¿La que destacaba en el trato con él? ¿Qué fue lo que hizo que todos los que le conocieron tuvieran por él tal aprecio?

Yo os diría que lo que primeramente destacaba en Don Jerónimo era el ser con todo sumamente considerado. A todos trataba con gran dignidad, escuchando y atendiendo, pero la verdad es que esto era en él el reflejo, la consecuencia natural, de una gran virtud.

Don Jerónimo era un hombre veraz, amaba la verdad, esa verdad que se manifiesta en una doble vertiente: en la forma en que uno mira hacia sí mismo y se ve ante los demás y en la manera de expresarse para que los demás le comprendan. Esa mirada de la verdad hacia el interior, que le hace a uno comprender la propia **pequeñez** y limitaciones y que nos lleva a considerar que en cualquier momento en otro hombre existen aspectos en los que puede ser superior a nosotros, es, en el fondo, la humildad; esa humildad que Santa Teresa de Avila calificaba como «andar en verdad». Pues bien, Don Jerónimo era un hombre esencialmente humilde.

Asimismo la verdad tiene otra rama, la forma de manifestarnos ante los demás, decir la verdad siempre, no precipitarse en los juicios, hablar de otros con justicia. Esto se llama sinceridad. Pues bien, Don Jerónimo era un hombre sincero. No con lo que ahora se entiende por sinceridad, o sea con ese naturalismo desgarrado que lleva muchas veces a la precocidad y a la mala educación, sino con esa virtud profunda que lleva a comportarse de palabra y de obra ante los demás de acuerdo con la propia manera de pensar y que se manifiesta, principalmente, en la expresión hablada. Yo quiero decirlos que nunca vi en mi padre el menor atisbo ni aun de las que pudiéramos llamar «entidades menores de la mentira», tales como la hipocresía, la jactancia. En su vida fue hombre que habló de lo que sabía y, con ser esto mucho, no intentó presentarse a los demás en una forma que él no era. Era, por tanto, un hombre sumamente sincero.

Dice la Sagrada Escritura que de la abundancia del corazón habla la boca y que la verdad nos hará libres; pues Don Jerónimo era un hombre veraz, era un hombre libre. Era un hombre en ese sentido yo voy a decir que muy perfecto.

¿Cómo era la manera de expresarse de Don Jerónimo? Porque la sinceridad se demuestra realmente en la forma de hablar. Don Jerónimo era un hombre bueno, su forma de expresarse era sumamente limpia, en su vida dijo un taco o una palabrota; nunca, ni aun en los momentos de mayor enfado, soltaba una palabra gruesa. Era, al mismo tiempo, elegante en su expresión, tenía una voz muy bien timbrada, su léxico era rico tanto en la construcción como en el vocabulario, y sobre todo tenía una cualidad: era siempre bien intencionado al hablar, nunca murmuraba, nunca hablaba para hacer daño a nadie.

Otra de sus características era su capacidad de maestro, de educador nato, siempre se acomodaba a la altura de sus oyentes. Pues bien, Don Jerónimo, que buscaba la verdad y que amaba la verdad, era un hombre en consecuencia prudente, pues la prudencia realmente no es otra cosa que la capacidad de ver objetivamente las realidades que conciernen a nuestras acciones y hacerlas normativas para obrar según su índole e importancia. Era un hombre que estudiaba, era un hombre que constataba los hechos, que procuraba enterarse antes de emitir un juicio. En este sentido es en el que yo digo que Don Jerónimo era prudente. No era prudente, en cambio, en ese otro sentido vulgar de la utilización de lo meramente útil, del afán de la propia conservación y el cuidado egoísta de uno mismo. Si en el mundo hubo alguien que no supo traducir a lo económico, que no quiso aprovecharse de lo que sabía y de lo que conocía, fue él. Nunca supo pasar una cuenta ni de un orden ni de otro.

Pues bien, Don Jerónimo, que era un hombre con una visión muy amplia, con una capacidad para desglosar, para sacar facetas nuevas a todo lo que estudiaba, era un hombre que a esa prudencia unía una virtud. Una virtud de la que yo ahora nada más que voy hablar muy someramente, que fue aquella que corresponde al ámbito en que desarrolló toda su vida profesional.

Don Jerónimo fue un hombre justo y esto nadie de los que trataron con él lo duda. Toda su vida profesional se desarrolló en el ejercicio, en la aplicación y en la práctica de la justicia. En las tres vertientes que la justicia tiene: de unos hombres a otros hombres, que es lo que se llama justicia conmutativa; de aquella que hace mención a las obligaciones de la sociedad con el individuo o distributiva, y del individuo con la sociedad, que es la legal. En todas ellas intervino de una manera activa, unas veces como hombre que formó parte de muchas comisiones legislativas y en la conmutativa al haber sido durante un período de cinco años presidente de la Sala Primera del Tribunal Supremo.

Otros habrá que glosen su acción en este campo. Yo simplemente voy a mencionar algo en relación con esa virtud.

Para mí, y aquí hablo ya con visión de hijo, Don Jerónimo consideraba la justicia en esta forma que la define Tomás de Aquino: «Justicia es el modo de conducta según el cual un hombre movido por una voluntad constante e inalterable da a cada cual su derecho». Definición que entraña un sentido muy profundo, pues antes de la justicia señala que tiene que haber derechos, es decir, la justicia supone la existencia de derechos. Y el derecho se da en las personas y, por tanto, el derecho de las personas es el objeto de la justicia. Esta consideración nos lleva a pensar que la razón de que algo sea debido a un hombre es la naturaleza misma de las cosas, es el ser precisamente y, por tanto, nos conduce a toda la problemática del Derecho natural y esa consideración que hace pensar que los derechos que se derivan de pactos o de cualquier otra causa cuando se encuentra en conflicto con la naturaleza de las cosas, es decir, con el Derecho natural, se puede decir no son justos y no pueden ser justificados por la voluntad humana, sea ésta de pactos o sea de muchos juntos.

Yo creo que con justicia se le puede aplicar aquello que decía Cicerón: «Por la justicia es ante todo por lo que llamamos bueno a un hombre, en ella es donde más resplandece el fulgor de la virtud». Y bien, me diréis, ¿cómo podemos nosotros conocer esto?, no tenemos datos para saber si Don Jerónimo fue o no un hombre justo.

Yo voy a contaros dos cosas muy pequeñas. Una de ellas se refiere a un hecho que tuvo lugar siendo él catedrático y estando ejerciendo la función de examinar. Se le presentó un alumno al examen y según estaba examinando le pidió el programa. Era un programa que estaba completamente «iluminado», de arriba abajo. Lo miró durante varios minutos, lo examinó y se lo devolvió diciéndole: «Le felicito a usted, solamente por la forma en que usted tiene iluminado el programa merece sobresaliente».

Gustaba Don Jerónimo en la época en que estaba en el Tribunal Supremo y cuando tenía asuntos en los que él estaba interesado o le preocupaban plantear el problema a sus hijos, unos indocumentados cualquiera que éramos nosotros entonces, y yo creo que atendía todas las burradas que nosotros decíamos. Buscaba, en aquel **contraste** con unos pareceres mucho menos enterados que el suyo y que desde luego en el fondo del asunto la mayoría de las veces se equivocaban, primero educarnos enseñándonos a discurrir y a considerar y, en segundo lugar, muchas veces la visión del profano, porque él sabía como hombre prudente que la visión del profesional a veces está deformada por un exceso de profesionalismo.

¿Cómo era en familia Don Jerónimo? En familia Don Jerónimo era un hombre muy normal. Ordenado en su vida —se levantaba siempre a la misma hora, acudía a su trabajo, volvía, estudiaba todos los días—, pero

desordenado, en cambio, en su mesa de trabajo. Era un hombre que tenía la costumbre de tomar notas en cualquier papel que caía en sus manos, luego lo dejaba en la mesa y ¡ay! del que limpiara la mesa porque muchas veces cuando se limpiaba la mesa era cuando él llegaba a enfadarse de verdad porque le quitaban de su sitio y perdía aquellas notas, aquellos papeles que él había mal escrito de cualquier manera, en fin, colocado en ellos su pensamiento de un momento dado.

Era muy amante de la música. Yo voy a deciros que el Teatro Real se cerró en el año 1924, si no me equivoco; todo lo más en el 25. Tenía yo entonces seis años. Pues yo estuve en el Teatro Real, fui con mi hermano Jerónimo a ver *Aida*, creo que tendría seis años y todas mis hermanas pasaron por aquel Teatro, por aquel ilustre coliseo, como diría un crítico teatral, y la mayoría de las veces a oír a Wagner, que no es una cosa muy simple ni muy sencilla.

Era muy aficionado a la astronomía. En nuestra casa de Madrid, en un mirador que había, tenía colocado un telescopio.

Le gustaba hacer cosas. Yo recuerdo que cuando comenzó la radio, hacia los años veinte, él se hizo una radio casera que, como todas las de aquella época, funcionaba con acumuladores, y no solamente se hizo la radio, sino que en el recibimiento de nuestra casa colocó un artilugio para poder cargar los acumuladores. Y yo en esto a quien tengo que reconocer el mérito extraordinario es a mi madre, a doña Guadalupe, pues cualquier ama de casa puede hacerse cargo de lo que era que en el sitio más visible, en el que se veía según se entraba, hubiese una serie de cables y entre otras cosas —algo que a mí me gustaba mucho— una patata partida para poder mirar la polaridad, si era polo positivo o negativo, el cable que aquel momento estaba suelto.

Era un gran amante de Asturias. Procuraba hacer sus veraneos lo más largos posible. A nosotros, a sus hijos, tan pronto terminábamos los estudios nos enviaba para acá, y él tan pronto podía, venía.

En los veranos le gustaba bañarse, era un hombre muy aficionado al baño de mar, se bañó en el mar hasta que murió prácticamente, hasta el último año de su vida se bañó. Andaba en bicicleta. Siempre iba en alpargatas y yo creo que le gustaba tener en casa un par de madreñas, porque, y esto me da a mí el efecto, le recordaba sus años de niño, cuando en Sama los chavales de su edad, y los de no su edad, andaban siempre en madreñas por unas calles llenas de barro.

En esta época de verano siempre tenía en sus manos algún libro y le gustaba leer en latín, el latín vulgar, o sea solía leer los Evangelios en latín, y conocía el francés, el alemán y el inglés, con una característica muy especial y es que los usaba como elementos de trabajo. Sabía leer y sabía estudiar en francés, en inglés, en alemán, pero no hablaba ninguno, vamos, francés más o menos sí, pero el inglés y el alemán no los hablaba, ni tenía

buena pronunciación, porque para él los idiomas no fueron para hablar sino para estudiar. Nunca salió de España.

Durante los años 31 al 36 normalmente dedicaba del orden de cuatro a cinco horas al estudio. En aquella época estaba en el Tribunal Supremo y se había propuesto llevar adelante todos los días dos casos. Cualquiera de los profesionales del Derecho que aquí están saben lo que es estudiarse dos pleitos cada día y él los estudiaba de una manera permanente y además se alternaba, como en la conferencia del lunes nos indicó el señor Romero Vieitez, en la función de estudiar los pleitos, de ser ponente, con los otros magistrados de la Sala.

Tenía esto más mérito porque en el año 29 o 28, no lo recuerdo exactamente, tuvo un desprendimiento de retina, a consecuencia del cual perdió la visión de un ojo, y en el otro tenía del orden de 13 a 14 dioptrías.

En su manera de ser con sus hijos era bastante rígido. En mi casa se comía y se cenaba todos juntos y hasta que no llegaba mi padre nadie se sentaba a la mesa. Yo recuerdo la primera bofetada que me dió, fue por fumar un pitillo. Tendría yo siete años y lo había cogido, lo recuerdo perfectamente, de una cajetilla de *Abdulas* que tenía en su despacho y me lo fui a fumar en una casa en que nadie fumaba y Don Jerónimo, que fumaba muy poco, en seguida lo notó. Yo creo que el bofetón me lo dio más por enredar en su despacho sin permiso que por fumar.

Pues bien, hay algo que yo quiero decir. En esta época del Tribunal Supremo y posteriormente durante toda su vida y como consecuencia de la costumbre que le quedó en la época que tuvo que hacer reposo al perder el ojo, tenía la costumbre de tumbarse después de comer, como una hora u hora y media. Durante ese tiempo mi madre le leía en alta voz y ¡leía novelas! Novelas como los *Episodios nacionales* u otras similares, pero en esa época, durante ese tiempo que él dedicaba al reposo, quien tenía el trabajo de leer era mi madre. Luego se encerraba en su despacho y solía estar estudiando hasta las diez o diez y media de la noche y, desde luego, si él no salía, ninguno nos atrevíamos a entrar hasta que no eran por lo menos las diez y media, para avisarle que le **estabamos** esperando para cenar.

Durante los domingos solía reunirse con algunos amigos, principalmente con un Notario de Madrid que se llamaba don Marino Reguera y con su mujer, con mi tío Daniel y mi tía Aurora y jugaban al tresillo. El era muy aficionado al tresillo, pero normalmente no jugaba, nada más hacía que mirar. Quien jugaba era mi madre, que jugaba muy mal, pero en cambio tenía una suerte horrorosa con las cartas.

Era sobrio, muy mirado por el dinero, muy considerado, abnegado, ponderado en su manera de ser, con gran autodominio y amor al prójimo. Pues bien, si consideráis un poco esto que acabo de decir yo ahora de ser

abnegado, de tener autodominio y amor al prójimo, es la consecuencia de una virtud que es connatural con las otras tres que hemos pasado por aquí someramente por encima: el ser templado, porque el tener temple, la templanza, no es otra cosa que hacer un todo armónico de una serie de componentes dispares. La finalidad de la templanza es simplemente poner en orden su interior, lo que hace que actúe desprendida e inteligentemente, pensando en los demás, y esto supone moderación, autodominio, crecimiento, ponderación, sobriedad y, sobre todo, amor al prójimo.

Al mismo tiempo que esta virtud de la templanza se da en todo hombre la fortaleza. No voy hablaros cómo era de valiente y templado Don Jerónimo, sino simplemente a exponeros tres maneras de comportarse y dejar que vosotros juzguéis.

La fortaleza es una virtud humana que implica riesgo y responsabilidad. Supone conocer la propia vulnerabilidad, sólo se puede ser valiente si se pueden recibir heridas, considerando heridas todo cuanto nos acarrea daño o es negativo para nuestro ser. No busca el peligro sino, al igual que la templanza, la realización del bien y va unida siempre a la esperanza. Ser valiente significa aceptar el ser herido por la realización de lo que es bueno y lleva implícito la esperanza de obtener la victoria; para ser valiente hace falta esperar en la victoria.

Yo, por ejemplo, cuando considero el caso de que os hablé antes, del alumno que entregó a su profesor el programa lleno de notas, me gusta pensar que este hombre lo hizo con valentía, pensando en la victoria, y con la esperanza secreta de que el profesor supiera apreciar el trabajo que allí dentro existía.

Pues bien, como no quiero hablar más de estas virtudes, voy a contaros, a someter a vuestra consideración, tres aspectos de la vida de Don Jerónimo:

Bastantes años después de su muerte, tenía ya mi madre más de ochenta años, había alguien que se estaba quejando de que había sido tratado con poca consideración, que le habían ofendido, y mi madre dijo: «Monín, bien mala suerte tenéis. Tengo yo más de ochenta años y nadie me ha ofendido nunca». La gente en aquel momento dijo «cosas de Guadalupe», porque mi madre era muy bondadosa, pero al considerar esta frase a mí se me viene a la memoria la unión que existía entre mis padres y la influencia que siempre había tenido Don Jerónimo sobre doña Guadalupe. Hasta el extremo que mi madre era corriente al hablar de las cosas que les habían sucedido hablara en plural: dijera «cuando estuvimos en el Tribunal Supremo» o «cuando fuimos a la Asamblea Nacional». Total que yo deduzco lógicamente que si mi madre nunca había sido ofendida era porque no tenía conciencia de que Don Jerónimo lo hubiera sido, y sin embargo Don Jerónimo fue un hombre que pasó una época muy difícil.

Al liberarse Gijón en el año 1937 y hasta enero de 1940 estuvo postergado, estuvo trabajando sin remuneración, sometido a un expediente que luego se solucionó con todos los honores, pero fue época en que tuvo que vivir, y esto os lo digo de forma anecdótica, gastando las arras que tenía para sus hijas. El guardaba una serie de monedas de oro que procedían de la casa de banca que mi abuelo don Ramón había tenido aquí, en Sama, y que había recogido cuando se retiró de la circulación el oro. Pues estas monedas de oro fueron las que gastó para vivir desde el año 37 hasta el 40. Sin embargo, su actitud fue siempre de comprensión. Fue la actitud de un hombre que entiende que aquello era una consecuencia natural y lógica de las pasiones que en una guerra civil se desatan. No pensó nunca que aquello le afectaba a él directamente, afectaba a la situación, y tuvo siempre la firme convicción de que todo se resolvería.

El segundo es un aspecto de mi padre al que yo llamo «las cosas pequeñas». Cuando ya estaba próximo a morir, casi diría que unos días antes, había perdido su apetito, él que era un hombre que comía muy moderadamente, pero que tenía un apetito excelente, que todo le gustaba, había perdido el apetito y mis hermanas y mi madre buscaban llevarle para comer algo que le apeteciera. Entonces mi madre dijo un día: «vamos a ponerle macarrones» y —esto me lo contó una de mis hermanas— cuando se los subieron dijo: «Esta mujer, llevamos cincuenta años viviendo juntos y no se ha enterado todavía que no me gustan los macarrones.»

Pues bien, tenía Don Jerónimo un hermano, Luis, que a consecuencia de una enfermedad mental tuvo que ser recluso en Madrid en un sanatorio psiquiátrico. Don Jerónimo le iba a ver durante el invierno todos los domingos del año. En aquella época para mí esto nada más que me originaba un pensamiento de desagrado cuando llegaban muchas veces las dos y media, las tres de la tarde y mi padre no había regresado a casa y estábamos todos esperando a que llegara, porque el viaje desde el barrio de Argüelles, donde nosotros vivíamos, hasta Carabanchel Alto, que suponía coger dos tranvías que normalmente iban abarrotados, duraba bastante más de una hora. Al pensarlo ahora me hago cargo de la gran aberración que suponía ir todos los días festivos, todos los domingos a pasarse dos horas con un hombre que no hablaba, que solamente hacía comer glotonamente los pasteles o la golosina que mi padre le llevaba, y que, si Don Jerónimo hacía esto, lo hacía por puro afecto, porque sabía que mi tío Luis le necesitaba. Le necesitaba afectivamente y le necesitaba materialmente, porque todos sabemos que en un hospital psiquiátrico, si no se va a ver a los enfermos, los enfermeros los tienen muy desatendidos.

En fin, ahora ya termino de verdad. Siento no haber comprendido a tiempo en mi juventud, como al principio os dije, la grande... vamos a decir la grandeza, la condición humana de mi padre. Solamente cuando ha pasado

el tiempo y el afecto se purifica llega uno a comprenderle. Yo creo que ahora le amo mucho más que cuando vivía.

En fin, Don Jerónimo *un de Sama*, como él decía, era un hombre muy íntegro, una gran persona, un hombre al que, como por aquí se dice, había que quitarle la gorra. Muchas gracias.

CASIMIRO GONZÁLEZ VELASCO